

NATIKA

(Disponiéndose á salir.) Yo no sé lo que soy; sí sé que he visto mucho mundo. Dios le guarde, señor.

CLAVIJO

¿Adónde vas ahora?

NATIKA

Al cimiterio. Tengo allí enterraos tres hermanos, que murieron por su Dios y por su rey, y no pasa día sin que yo vaya á echarles muchos rezos pa que Dios les dé la gloria eterna. (Encaminándose á salir por la derecha.) Y váyase pronto á Sesma.

CLAVIJO

Espero á Ulibarri, que debe venir hoy.

NATIKA

(Ya en la puerta.) Pues ahí le tiene ya. Ahora entra. (Desaparece por la derecha.)

CLAVIJO

¿Será verdad? (Escuchando por el fondo.) Pero

esta mujer ¿es zahori, ó qué demonios es? (Entra por el fondo Tirón, muy sofocado.) ¿Qué hay, Tirón?

TIRÓN

Hay... (Limpiándose el sudor.) Que ha venido don Salvador Ulibarri, y tras él la caballería de Sacris.

CLAVIJO

¡Ah, don Salvador! ¡Qué alegría! ¿Dónde está?

TIRÓN

Ahora viene. Me ha dicho que en cuanto él y su caballo descansan un poco, vendrá á ponerse á las órdenes de usted para ir juntos á Sesma. Aquí está ya. (Entra Ulibarri. Clavijo y él se abrazan efusivamente. Vase Tirón.)

## ESCENA VI

CLAVIJO, ULIBARRI

CLAVIJO

¡Oh, amigo Ulibarri, cuánto me alegro de verle!

ULIBARRI

¿Pues qué he de decir yo, que no deseaba otra cosa?

CLAVIJO

Aquí estamos dos médicos, igualmente interesados en apoderarnos de la desdichada Sor Simona. Usted como pariente cercano de ella; yo como amigo y médico, que he tenido la ventaja de asistirle en los hospitales de Logroño y de Viana.

ULIBARRI

Sí; recogeremos á la fugitiva y trataremos, sino de curarla, de aliviar su fatal dolencia. Para eso están los médicos.

CLAVIJO

Pero distingamos. Usted, señor Ulibarri, es un doctor eminentísimo de los más sabios que tenemos por acá, y yo soy un pobre practicón de pueblo y un físico de tropa...

ULIBARRI

¡Oh! No, no. Usted, querido Clavijo, tiene sobre mí la ventaja de haber conocido de cer-

ca el caso que vamos á examinar... ¿Qué razón hay para que vayamos á Sesma?

CLAVIJO

Que según mis noticias, allí está Simona. Al amigo que me acompaña en mis pesquisas, Mendavia, usted le conoce...

ULIBARRI

Sí, el primo de Dorregaray.

CLAVIJO

Hace un rato salió para Sesma. Yo no he ido con él por esperarle á usted.

ULIBARRI

Pues en Los Arcos me dijeron que mi sobrina estaba en El Busto, y en El Busto me aseguraron haberla visto aquí, en Lodosa.

CLAVIJO

Eso pudo ser hace unos días; hoy, según referencias muy verosímiles, donde está es en Sesma.

ULIBARRI

Pues allá iremos en cuanto mi caballo co-

ma y se reponga del julepe que le he dado para venir hasta aquí. ¿Cree usted que encontraremos allí á mi sobrina?

## CLAVIJO

Lo espero; mas no lo aseguro, porque esa mujer á quien todavía no he podido echar la vista encima recorriendo esta comarca á pie ó á caballo, debe tener en sí algo de sobrenatural, porque se esconde y aparece por arte de encantamento, no dejándose ver de los que con tanto afán la buscamos.

## ULIBARRI

Lo mismo he pensado yo; pero como no creo en visiones ni en desapariciones misteriosas, trato de indagar ahora la situación psicológica, el estado de alma de mi sobrina en el segundo período de su existencia. Debo decir á usted, mi querido compañero, que no he visto á Simona desde que ingresó en la Santa Congregación de San Vicente de Paúl. Desde aquel solemne día hasta los días tristes en que mi sobrina perdió la razón, usted que fué su médico en Logroño y en Viana, podrá decirme lo que observó en ella.

## CLAVIJO

Yo puedo decir á usted de Sor Simona, que desde su ingreso en la Orden se señaló como un ser purísimo en quien resplandecían todas las virtudes. Sus compañeras la tenían en gran estima; los enfermos la miraban como á criatura celestial. A todos cautivaba por su carácter alegre y un tanto jovial. Empezó sirviendo en la botica como auxiliar de Sor Adelaida, y al morir ésta la sustituyó en sus funciones, hasta que se notaron en ella los primeros síntomas de locura.

## ULIBARRI

Explíqueme bien, querido Clavijo, las primeras manifestaciones de esa locura, su desarrollo, etc., etc. (Cogidos del brazo se pasean por la escena.)

## CLAVIJO

Verá usted. Nunca se equivocó en las dosis... Sin perder su carácter apacible y jovial, abandonaba la botica y se iba á la sala de enfermos para decir á cada uno de ellos una palabra caritativa..., ó bien pasaba largos ratos en el jardín cogiendo flores y lleván-

dolas á la iglesia para adornar con ellas éstos ó los otros altares. Por tales extravagancias la reprendía cariñosamente la madre superiora; pero la pobrecita Simona no se daba por enterada. A estos desvarios siguieron otros más graves, y fué que una mañana, burlando la vigilancia de los porteros, se lanzó á la calle y al campo, y cuando se logró darle alcance y traerla á casa, entró muy tranquila y risueña, diciendo que la libertad es un don del cielo y que no se puede privar de él á ninguna criatura.

ULIBARRI

Naturalmente; y esa fué la ocasión en que las hermanas decidieron recluirla en una celda de la enfermería.

CLAVIJO

Así fué, y tres ó más años transcurrieron desde que fué reclusa hasta que el incendio dió á Sor Simona la libertad que ardientemente deseaba.

ULIBARRI

(Con creciente interés.) Cuénteme ahora qué

pensaba mi sobrina y qué disparates hacía durante los años de reclusión.

CLAVIJO

Pues verá usted. Yo la visitaba con frecuencia, porque me agradaba extraordinariamente su trato y su conversación. Encontraba en ella la misma dulzura de siempre, la misma piedad, la misma pureza de pensamientos é intención. En la locura como en la normalidad de sus facultades, era una santa. En la placidez de su santidad, refulgían como relámpagos algunos despropósitos de la mayor inocencia.

ULIBARRI

A ver, á ver.

CLAVIJO

Figurábase estar viviendo en edad anterior á la que conocemos; y tan atrás volaba su pensamiento, que hablaba de los veaumonteses y de los agramonteses como si aún estuvieran alborotando esta comarca. Y una tarde me contó las travesuras y arrogancias de César Borgia, cual si le hubiera conocido y tratado familiarmente.

ULIBARRI

¡Pobrecilla! Renovaba en su desquiciado cerebro los cuentos con que la entretenía su abuela, mi madre, doña Catalina de Ulibarri, que era la crónica viviente de Navarra... Desdichada Simona. Lo que usted me cuenta es muy interesante; pero no encuentro en ello el móvil, el choque inicial, la crisis de que provienen esos dislates de mi amada sobrina. Me gusta investigar las causas; por eso he puesto toda mi atención en los efectos que usted me ha referido; no encontrando en ellos la causa, debo buscarla en la juventud de Simona, antes de que ésta renegara de la vida mundana ó familiar para refugiarse en la religiosa. (Se paran en el centro del escenario.)

CLAVIJO

En ese terreno, señor Ulibarri, está usted mejor informado que yo. (Se sientan; echa vino en dos copas y beben los dos.)

ULIBARRI

Si; desde que era Simona una chicuela gentil y vivaracha la tuve á mi lado. No puede

usted imaginarse criatura más simpática y adorable. Ya mujer, sus padres se miraban en ella; la familia le profesaba un amor entrañable. Todos decíamos de Simona lo que usted dice ahora: es una santa, y de una santidad alegre, jovial, dentro de la más exquisita discreción. Por entonces..., cuando Simona pasaba de los diez y ocho, sobrevino la emergencia de un nuevo factor en la vida de mi sobrina.

CLAVIJO

(Vivamente.) El amor. Algo oí de eso; pero también oí que pasó sin dejar rastro.

ULIBARRI

Le contaré á usted. Un joven de La Guardia, de familia tan respetable como la nuestra, se prendó de Simona, y ella le correspondió. Como ambas familias tenían trato continuo, el galán y la damisela se veían y se hablaban sin estorbo en la casa de los padres de él ó de ella. Para no desorientar á usted, le anticipo la afirmación de que las relaciones de Simona con Angel Navarrete fueron las más honestas y puras que imaginar se puede. Seis ó siete meses duraron los

inocentes y delicados amores de aquella pareja feliz. Ya las familias de ambos, los Navarretes y los Ulibarris, se ocupaban en concertar la boda, cuando la suerte dispuso las cosas de otra manera. En un viaje que hizo Angel Navarrete á Vitoria, conoció á una señorita hija de los condes de Salvatierra; y tan locamente se enamoró de ella, que al volver á La Guardia pronto manifestó á mi sobrina, con sus frialdades y desvíos, que de lo dicho no había nada. La pobre Simona, al cerciorarse de su desdicha, recibió en su corazón un golpe que creimos mortal. No lo fué, porque lo soportó con heroica entereza y resignación tan honda y callada, que no la igualarán las víctimas más eminentes del martirologio. Dos meses después, cuando se supo en La Guardia el casamiento del joven Navarrete con la de Salvatierra, vino Simona á mi casa á pasar el día con mis hijas, sus primas. Observé en su rostro una palidez intensa, y en su voz como un esfuerzo convulsivo para esconder ó disimular la tempestad que en su alma rugía. Apretándole las manos, le dije: «Simona, mujer sublime, eres una santa.» Y ella, por no desmentir en aquella ocasión su donosura y jovialidad, me respondió: «No lo diga en broma, querido tío,

porque si se me mete en la cabeza ser santa, lo seré.»

## CLAVIJO

Ya, ya se iniciaba en ella el propósito de volver la espalda al mundo y echarse en brazos de Dios.

## ULIBARRI

Empezó por lecturas místicas; rehuía el trato de gentes; frecuentaba la iglesia; y..., en fin, no le cuento lo que pasó, porque es público y notorio que al año era Hermana de la Caridad. Lo que sí le digo es que en aquella época de transición, ni una vez siquiera se la oyó mentar á su antiguo novio, Angel Navarrete, ni á la mujer de éste, Pilar Amézaga; ó los arrojó de su alma como cosa muerta, ó los guardaba adentro, muy adentro. Esto es lo que no sabemos, ni lo sabremos nunca.

## CLAVIJO

(Con profunda convicción.) Era una santa y ahora también lo es, quizás más.

## ULIBARRI

Hemos diagnosticado una existencia divi-

dida en dos partes: yo la primera, usted la segunda.

CLAVIJO

Así es.

ULIBARRI

Y ahora el doctor Ulibarri pregunta á su compañero el doctor Clavijo si ha observado en el caso de la santa enferma algún sintoma, por insignificante que sea, palabra, exclamación, gesto, que relacione el estado físico y moral de Sor Simona con la crisis de amor y despecho que yo examino en la primera parte de esta noble existencia. (Ambos permanecen mudos.)

CLAVIJO

(Después de meditar un rato.) Déjeme pensarlo; déjeme evocar mis recuerdos... ¿Alguna relación...? Pues sí... no, no. Honradamente no puedo decir que observe relación de esto con aquello. Sólo una vez, cuando la Hermana de la Caridad tenía su razón perturbada, habiéndole yo dicho que olvidase sinsabores de otro tiempo, me dijo estas palabras con su habitual donaire: «Sepa el buen Clavijo que el alma mía está limpia de todo rencor. Fir-

me en la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo, amo á mis enemigos y hago bien á los que me aborrecen.»

ULIBARRI

Loquita y todo, santa es. (Óyese ruido lejano de caballería, que rápidamente se aproxima.)

CLAVIJO

Ahora vámonos á Sesma. Si la encontramos allí, como espero, la llevaremos á la comunidad.

ULIBARRI

Aguarde usted. Bueno será que la busquemos; en lo que no estoy conforme es en devolverla á la comunidad. ¿No será mejor y más humano dejarla en libertad, para que corra de pueblo en pueblo cogiendo flores y curando enfermos? (Sienten más cercanos pasos de caballerías.)

CLAVIJO

Es muy peligroso. Podría la infeliz caer en poder de algunos desalmados...

ULIBARRI

Dios la protegerá.

CLAVIJO

¿Y si no la protegiera?

ULIBARRI

Bueno, bueno; usted manda. Vamos á Sesma. (Arreacia fuertemente el ruido de tropas, que suena ya dentro de los patios.)

CLAVIJO

Ya están aquí. La caballería invade la carretera.

ULIBARRI

Saldremos por el portalón de la ribera. (Acércase al foro y llama.) ¡Eh, tú!

## ESCENA VII

LOS MISMOS. — BLAS, que entra por el foro presuroso; después TIRÓN.

BLAS

¿Qué manda, señor?

CLAVIJO

El caballo de Ulibarri y el mío llévalos en seguida por el portalón de la ribera, ¿sabes? Allí montaremos para partir á escape.

BLAS

Bien, señor. (Vase Blas.)

CLAVIJO

Este Sacris pedirá raciones, y si se las dan se irá hacia...

ULIBARRI

Hablé con él en El Busto y me dijo que tenía órdenes de ir á Olite.

CLAVIJO

Llevará camino distinto del que llevamos nosotros; pero aunque así no fuera, no me inspira cuidado.

ULIBARRI

Es hombre muy corriente y no carece de ilustración. Ya sabrá usted que fué seminarista en Pamplona, y en cuanto recibió las primeras órdenes se metió á guerrillero y...

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1085 MONTREY, MEXICO

CLAVIJO

Ya sé. Su nombre es Ochoa.

TIRÓN

(Que entra por el foro.) ¡Ea, señores! Ya tienen los caballos en el portalón.

ULIBARRI

Pues andando.

CLAVIJO

Hasta la vista, Tirón. Ahí te dejamos á Sacris para que te diviertas con él. (Vanse por el foro rápidamente Clavijo y Ulibarri.)

TIRÓN

(Desesperado.) ¡Buena diversión me ha caído, ridiós! Este demonio de Sacris quié quitarme toa la bebía, y me pienso yo que tamién quié meterme en la posá los heríos que trae; ipor vida...!

## ESCENA VIII

TIRÓN, BLAS

BLAS

Señor amo.

TIRÓN

(A gritos y muy malhumorado.) ¿Qué?

BLAS

¿Que si llevo los garbanzos arriba?

TIRÓN

(Paseándose agitado.) No.

BLAS

¿Traigo las enjalmas pa ponerlas ahí en el cuartón?

TIRÓN

No.

BLAS

Pues entonces, ¿qué?

TIRÓN

Lárgate de aquí, pelmazo.

BLAS

(Dando la vuelta para irse.) Güeno.

TIRÓN

Ven acá, piazo de alcornoque: ¿no te mandé que bajaras las enjalmas?

BLAS

¡Recontra! Si li pregunté si las traía y me dijo que no.

TIRÓN

Erès más bruto que yo, que es cuanto hay que icir.

BLAS

Ca uno sabe aonde le pica.

TIRÓN

(Cogiéndole del brazo.) Ven acá, zopenco: ¿Ónde está Sacris?

BLAS

En el patio de allá, comiendo.

TIRÓN

¿Empezando á comer?

BLAS

Me paice que acabando. Trai tanta gazuza, que no se ve la comía dende el plato á la boca.

TIRON

¿Y quién está con él?

BLAS

El arcarde.

TIRON

¿Y qué, le da raciones?

BLAS

¡Otra! No lo entendí porque hablaban bajico.

TIRON

¿Y han llegado los carros?

BLAS

Están á la vista.

TIRÓN

¿Traen herios?

BLAS

Herios traerán ó muertos, de una trefulca que han tuvido á tres leguas de aquí.

TIRÓN

Vete á ver lo que pasa.

BLAS

Voy. (Desde la puerta retrocede diciendo:) Ya viene aquí el Sacris. (Vase Blas.)

## ESCENA IX

TIRÓN, SACRIS, mocetón vigoroso, barbudo; boina blanca, botas de montar, zamarra, sable al cinto é insignias de teniente coronel. Entra encendiendo un puro.

TIRÓN

Oye, tú, Sacris. Ese tarugo del alcarde, ¿te da raciones?

SACRIS

No me da más que lo preciso para llegar á Olite.

TIRÓN

Pues cógelo y vete pronto, que ca minuto que estás en mi posá me cuesta á mí un ojo de la cara.

SACRIS

(Flemático.) Aguántalo, Tirón, aguántalo por Dios, que es el primer lema de nuestra santa bandera; por la patria navarra, que es la patria española, y por el excelso rey Don Carlos VII, cuyo trono hemos de ensanchar tanto, tanto, que empiece en Roncesvalles y acabe en el Peñón de Gibraltar.

TIRÓN

(Con socarronería.) Amén, amén. Hablas tan á lo campanudo como cuando estabas pa cantar misa.

SACRIS

(Que mira á las mesas donde hay servicios de copas.) Y ahora...

TIRÓN.

Te veo, besugo; ¿quieres de lo caro, de lo de Cuscurrita?

SACRIS

(Sentándose junto á una mesa.) *Tu dixisti.*

TIRÓN

(Le sirve una copa.) Este licor te fortifica el corazón y te afina las entendederas.

SACRIS

Y me fortifica el brazo para exterminar á los malos.

TIRÓN

Y á propósito de enemigos: ¿han llegado tus carros? ¿Traes herios?

SACRIS

Sí. Al salir de El Busto encontré un destacamento de las tropas liberales que manda el brigadier Bargés. Nos tiroteamos; yo le maté creo que dos ó tres hombres, y él me hizo á mí cuatro heridos, que traigo en mis carros. El alcalde me dijo que estando el hos-

pital hasta los topes, él recogerá dos heridos, y de los otros dos te encargarás tú. Ya lo sabes, Tirón. Vete á recogerlos y acomódalos donde puedas.

TIRÓN

¡Esta sí que es buena! ¡Pa meterlos he preparado el cuartón! (Señalando á la izquierda.) No tengo camas; pero tengo unas enjalmas donde estarán como en la gloria.

SACRIS

Anda, despabila pronto.

TIRÓN

Voy; bien veníos sean á mi posá, en tanto y mientras mi dé el Ayuntamiento, como la otra vez, dos peseticas por ca uno: á la cuenta que Tirón es cristiano viejo, y buenos caldos no lis han de faltar. (Dirígese al foro, y al ver que traen ya á los heridos, dice:) Aquí los traen ya. (Sale al foro y grita:) ¡Eh! Por aquí, al cuartón. (Vase por el foro con los que acompañan á los heridos, que se ven pasar de derecha á izquierda. Cada herido viene traído por dos soldados, en la forma que vulgarmente se llama silla de la reina.)

## ESCENA X

SACRIS, solo; después NATIKA, SOR SIMONA. Pausa. Se oscurece la escena. Oyéense campanas próximas y lejanas tocando á oraciones.

SACRIS

(Con recogimiento, se pone en pie y se descubre.)  
La oración. (Reza á media voz. Intenso rumor de rezos en el cuartón y en los patios. Pausa. Aparece por la puerta de la derecha Natika, con su cesta al brazo, y se vuelve hacia dentro.)

NATIKA

Entre, señora. (Entra Sor Simona, tranquila y risueña. Trae en la mano un ramo de flores; avanza lentamente, reconociendo con atenta mirada el lugar donde se encuentra. Al pasar junto á Sacris, le dice Natika con voz imperiosa:) Sacris, arrodíllate... Es la santa. (Tras un instante de estupor, Sacris se arrodilla y se santigua. Continúan las dos mujeres hacia la izquierda. Ya cerca de la puerta, dice Natika:) Aquí están los herios; entre, señora. (Sor Simona entra delante y Natika detrás.)

Telón lento.

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

DECORACIÓN

Ayuntamiento de Dicastillo, donde está instalado un hospital provisional. La escena representa la modesta estancia donde mora Sor Simona, que asiste á los enfermos de dicho hospital. En el centro una cama humilde. En las paredes estampas de vírgenes y santos. Puertas al fondo y á la izquierda. A la derecha una ventana, y frente á ésta una mesita.

## ESCENA PRIMERA

NATIKA, MIGUELA, mendiga riojana, menos vieja que Natika; SAMPEDRO, viejo castellano. Las dos primeras están sentadas en el suelo, zurciendo ropa. El viejo entra y sale varias veces durante la escena.

NATIKA

Dite, Miguela: ¿acabas ó qué?

MIGUELA

¡Otra!, prisa ya me doy, pero no tengo los ojos que tú.